
SEGUNDA PLATICA.

Vita, dulcedo, spes nostra.
(*Ecclesia in Antiph. Salve Regina.*)

LA Santísima Virgen preside siempre en el pensamiento divino; y bien manifieste Dios su omnipotencia y su bondad, bien haga ostentacion de su justicia aliada siempre con su misericordia, bien, en fin, derrame las riquezas de su inmenso amor, siempre María aparece retratada ó figurada en todas las obras divinas, como un símbolo de felicidad y de ventura. Si tomando en una mano la sagrada Biblia y en la otra la antorcha de la fe, acercamos esta á cada una de las páginas de aquella, en todas encontraremos ideas sublimes y consoladoras sobre las grandezas de nuestra Madre. Hagámoslo hoy. El libro santo, Señores, encierra la historia de la humanidad; y esta historia se divide en tres épocas, segun los tres estados de aquella. Cada época y cada estado está descrito con sus caracteres propios en la Biblia. La primera nos presenta al hombre en el estado de la inocencia: esta época es breve, muy breve; tal vez no alcanza á ocho dias. Todo lo que de ella se dice tuvo lugar en

el Paraiso. Al contrario, la segunda es muy larga por desgracia: es la época de la degradacion del hombre por el pecado; dura cuatro mil años: su primer capítulo es aún del paraiso, el último es el Calvario. La tercera es la de la regeneracion ó justificacion de la humanidad: principia en la muerte de Jesucristo y durará hasta la consumacion de los siglos. En cada una de estas épocas nos presenta el sagrado libro obras admirables de Dios, que son figuras de María como fuente de felicidad para la criatura. Innumerables son estas figuras, pero ahora solo en tres fijaremos la atencion, correspondientes una á cada época: el árbol de la vida en el paraiso; el arco iris despues del diluvio; y el tabernáculo de Dios para habitar con los hombres, que nos describe San Juan en el Apocalipsis. Pasemos adelante: las tres épocas ó estados de la humanidad se encuentran por lo comun en la vida de cada uno de nosotros. El estado de inocencia, época tan breve, por desgracia, en la mayor parte de los hombres: el pecado, que por tanto tiempo domina en el corazon; la penitencia ó justificacion á que nos lleva la gracia del Señor. Ahora bien, aquellos tres símbolos con que Dios presentó á María como principio de felicidad para el mundo, nos la ofrecen tambien como tal, y vienen á realizarse en cada uno de nosotros. María es el árbol de la vida para el alma en la época de la inocencia; es el arco iris de la esperanza para el que desgraciadamente cae en el pecado; es el tabernáculo de Dios para el que le busca, y á él se une por la penitencia y la justificacion. Más claro: María es la vida para el alma inocente, la esperanza del alma pecadora, la dulzura del alma justificada. La Santa Iglesia, saludando á María como *vida, dulzura y esperanza nuestra* (1), me autoriza

(1) In antiph. Salve Regina.

y me mueve á presentároslo con estos caractéres. Entre-
mos desde luego en la explicacion y aplicacion de dichas
tres figuras ó símbolos.

De las manos de su Criador salió el hombre inocente
y puro. Compendio del mundo y pontífice de la naturale-
za (1), venian á reunirse en su corazon, como en un altar,
las bellezas de todo lo criado, y en su lábio las armonías
de todos los séres, para que él las elevase á Dios como el
himno del universo y el homenaje de sus obras. Dios le
dió por morada el paraíso, jardín ameno, en que se com-
pendiaban sin perder sus encantos, todas las maravillas
de la creacion (2). Todo sonreía al hombre; pero sobre
todo le sonreía Dios, que le miraba como su hijo, que era
su amigo, y como que se aplaudia á sí mismo por la be-
lleza de su obra, exclamando que era bueno el mundo
antes de la creacion del hombre, pero con el hombre era
muy bueno: *Et erant valde bona* (3). Dios moraba en su
alma, hablaba con él, le descubria sus secretos. Dios era
todo para el hombre, su imágen: el hombre era todo de
Dios, su original divino. ¡Qué felicidad! Debía ser eter-
na, y crecer hasta llegar á su término en el cielo; y aun
en su cuerpo no debía tener fin, pues que había de ser
inmortal. Para ello, dice el sagrado libro, plantó Dios en
medio del paraíso el árbol de la vida (4). Su fruto her-
moso, dice San Agustín, debía conservarle siempre en el

(1) Deus hominem velut secundum quemdam, et alterum mundum,
in parvo magnum, in terra constituit, angelum alium, mixtum adora-
torem visibilis naturæ spectatorem, intellectilis myst. (S. Greg. Naz.,
Orat. de Nativ. Dom.) Divinum simulacrum, mundi caput venerabile,
naturæ lingua, sonos angelicis similes edens cithara, terræ decor. (Teo-
doli Anciræ Episc., Hom. in Nat. Salvat.)

(2) Gen. II, 8.

(3) Id. I, 31.

(4) Gen. II, 9.

mismo estado de lozanía y juventud, y hacerle immor-
tal. *Habebat homo de ligno vite stabilitatem contra ve-
tustatem* (1). A su sombra, libre de temor que no cono-
cia, descansaba el hombre en plácido sueño, y ni el sol
podía herirle con sus rayos, ni la fatiga consumirle.
Cuanto el trabajo y el tiempo pudieran quitarle de sus
fuerzas, otro tanto le daría el dulce y hermoso fruto que
pendía de sus ramas. No nos detengamos más, y apli-
quemos el sentido espiritual de esta figura.

En la segunda creacion del hombre, cuando es reen-
gendrado en el bautismo, se hace tambien amigo de
Dios. Su corazon es el templo del Espíritu Santo, y su
alma, enriquecida con dones del cielo, es hermosa delan-
te de Dios. ¡Quién describirá esa belleza del alma en los
dias de la inocencia! Dios, que la ama con ternura, la
pone en el paraíso de sus delicias, en la Iglesia santa,
jardín ameno donde se resumen, no ya las delicias del
mundo de la materia, sino del mundo de los espíritus,
con el reflejo de los encantos del cielo. Árboles frondosos
la pueblan, y la riega un río que, saliendo del Corazon
de Jesus, se divide en brazos, distribuyéndose en los Sa-
cramentos, y en especial, para el alma inocente, en los
que se llaman de vivos. En medio de ese jardín ostén-
tase un árbol más hermoso, el nuevo árbol de la vida,
cuyo fruto hace al alma inocente, inmortal en la gracia
y santidad, que la constituye amiga de Dios. Ese árbol
es la Santísima Virgen María (2). Ella es la que el Espí-
ritu Santo nos presenta continuamente en el libro sagra-
do, como árbol santo que reúne en sí las perfecciones de

(1) S. Aug. de pec. mer. et rem., lib. 1, c. 3.

(2) Arbor salutis. (S. Bonav., Spec. B. M. V., lect. 16.) Vere lignum
vitæ quæ solum dignum fuit portare fructum salutis. (S. Bern., serm. 2
de Adventu.)

todos, excediendo á todos en todas. Notad cómo le atribuye la elevacion de la palma, la majestad del cedro, la incorruptibilidad del ciprés, la suavidad del olivo, la frescura del plátano, la fragancia del cinamomo, la fecundidad de la vid (1). Es el árbol que está en el centro del nuevo paraíso, porque hácia Ella converjen todos los misterios de la nueva creacion (2). Es el árbol de la vida; ese es su nombre: nombre que proféticamente, dice San Epifanio con otros Padres (3), le dió Adán, cuando al verse privado del fruto del primer árbol de la vida en pena de su pecado, y condenado á la muerte, exclamó, volviéndose á su esposa y mirando en ella á la mujer fuerte que debia quebrantar la cabeza de la serpiente engañadora: Tú eres la viviente; tú eres la vida: tú eres la madre de la vida y de los vivientes. *Et vocavit nomen uxoris sue Heva, eo quod esset mater cunctorum viventium* (4).

Almas inocentes, las que, reengendradas para Dios y hechas hijas suyas en el Bautismo, no habeis manchado la blanca estola de la inocencia que en él se os vistiera, gozaos en vuestra felicidad. Dios vuestro Padre, que no quiere que perdais esa hermosura, para que brilleis como estrellas en el firmamento, y seais columnas de su templo, y comais el maná escondido, y selladas con marca divina sigais al Cordero, cantándole el misterioso canto de su gloria y sus amores, os presenta ese árbol hermo-

(1) Eccli. XXIV, 17 et seq.

(2) Discurre à principio mundi, vide legis figuras, lege caeremonias, lege sacrificia, lege prophetias: in his Virgo prænuntiatur, in his Virgo præfiguratur, et omnis veritas sub Virgine latuit, per Virginem patuit. (S. Thom. Vill., Conc. 5 de Annunt.)

(3) Beata Maria Dei Mater per Evam significabatur, quæ per enigma accepit, ut mater viventium vocaretur. (S. Epiph. Hæres. 78.)

(4) Gen. III, 20.

so de la vida en la Santísima Virgen María. Corred á su sombra, respirad sus perfumes, comed de su fruto, y no temais; sereis inmortales, jamás el sol con sus rayos os quitará la hermosura, ni el enemigo con su hábito emponzoñará vuestro corazón, ni la muerte del pecado entrará en vosotras. María es la vida de las almas inocentes, simbolizada en el árbol del paraíso. Vivid al abrigo de ese árbol; es decir, con devocion tierna y constante acudid á cobijaros bajo el manto de María, y á defenderos del sol de las pasiones bajo las ramas de su proteccion. Consagraos de corazón á María, y no respireis otra atmósfera que la que ese árbol embalsama con los aromas de sus virtudes: aspiradlas en la meditacion, y llenaos de ellas practicándolas; sobre todo, comed de su fruto. El fruto del nuevo árbol de la vida es Jesus, y especialmente Jesus en el Santísimo Sacramento. Él se llama á sí mismo el pan vivo (1); el que lo come, dice, no morirá eternamente (2); el que lo come tendrá vida eterna, y yo le resucitaré en el último de los dias (3). Ese es el fruto figurado en el árbol del paraíso, así como aquel árbol simbolizaba á María, que por ello nos dice: «Venid á mí los que sois pequeños é inocentes porque ignorais la malicia del mundo (4); venid los que me amais, y llenaos, saciaos de mi fruto (5). Amad á María, almas inocentes; vivid bajo su sombra, imitad sus virtudes, comed en la comunión del fruto de María, y no perdereis la vida de la gracia. La devocion á esta Señora es una prenda de predestinacion para todos, pero lo es infalible-

(1) Joann. VI, 41.

(2) Id. id. 52.

(3) Id. id. 55.

(4) Prov. IX, 4.

(5) Eccli. XXIV, 26.

mente más para vosotras. Padres de familia, y vosotros todos que teneis la santa mision de formar para el cielo el corazon de los niños, infundidles, inspiradles en sus primeros años, en los años de la inocencia, el amor más tierno, más verdadero y profundo á María. Hacedlo con celo y fruto, y tendreis segura la felicidad de esas almas: porque es un hecho constante en la historia, que los Santos que se consagraron desde niños á María, no perdieron jamás la gracia del Bautismo. Os citaré entre mil y mil ejemplos á San Luis Gonzaga, que á los nueve años se consagró á María, y jamás cometió pecado ni aun venial, con advertencia: más todavía, el demonio no se atrevió á tentarle nunca. Os citaré tambien á San Alfonso María de Ligorio, que á los siete años amaba ya tiernamente á María, y murió á los noventa sin perder la gracia del Bautismo. Confesémoslo con la santa Iglesia: María es la vida del alma inocente, y es feliz el que en su inocencia vive á la sombra de este árbol y come de sus frutos de bendicion.

Paréceme que al oír esto, sale del corazon de muchos de vosotros un suspiro de dolor, y envueltas con él estas palabras: ¡Ah! y nosotros que hemos perdido la inocencia..... No os desconsoléis, hermanos míos, porque si María es la vida de las almas inocentes, es tambien la esperanza de los pecadores y la dulzura de los penitentes justificados. Escuchad la aplicacion de las otras figuras.

Cuando el Señor, irritado por los pecados del mundo, y al ver que toda carne habia corrompido sus caminos, exclamó que estaba arrepentido de haber criado al hombre, que así abusó de su bondad (1), envió sobre la tier-

(1) Gen. VI. 6, 7, 8.

ra el diluvio, del cual solo se salvó la familia de Noé, única que mereció gracia á los ojos de Dios. Después de esta terrible catástrofe, salió Noé del arca con sus hijos, y ofreció á Dios un sacrificio. Su corazon abrigaba el temor de nuevos castigos; Dios le dió una señal, haciendo aparecer en el cielo el arco iris, y le dijo: «Cuando irritado por los pecados de los hombres les enviare castigos, y la lluvia caiga sobre la tierra, aparecerá el arco en las nubes, y entonces me acordaré de mi misericordia, y el hombre tendrá una seguridad de que no habrá más diluvio de exterminio sobre la tierra (1).» ¡Qué consoladoras son estas palabras del que no retrocede jamás en sus promesas! El arco iris es desde entonces el precursor de la bonanza tras la tormenta, el signo de la paz y de la serenidad en la atmósfera y en el corazon del que temiere la ruina en las horas de la tempestad. Apliquémoslo. Todo, dice San Pablo, sucedía en figura á aquel pueblo (2), y la ley era la sombra de los bienes futuros (3); esos bienes nos vienen por Jesus y por María, y la Escritura toda, dice Santo Tomás de Villanueva, está escrita sobre María y por causa de María (4). Ella es, pues, la que está simbolizada en el arco iris, porque ella es la única esperanza de los desesperados (5); ella es el único refugio del mísero pecador (6); y cuando ella aparece á los ojos del hombre y á los ojos de Dios, se

(1) Gen. IX, 12 ad 16.

(2) I Corinth. X, 11.

(3) Hebr. X, 1.

(4) De hac et ob hanc, et propter hanc omnis Scriptura facta est. (S. Thom., Serm. 5 de Assumpt.)

(5) Unica spes desperantium. (S. Ephrem., de Laud. Deip.)

(6) Peccatorum et auxilio destitutorum unica advocata, atque adiutrix ad refugium et diversorium. (Id. id.)